



El difícil aprendizaje de la libertad

Mario Vargas Llosa
Esperanza Aguirre
Mauricio Rojas

El difícil aprendizaje de la libertad

Mario Vargas Llosa • Esperanza Aguirre • Mauricio Rojas

El 18 de mayo de 2011 Mario Vargas Llosa, Esperanza Aguirre y Mauricio Rojas presentaron el libro *Pasión por la libertad*.

El liberalismo integral de Mario Vargas Llosa, publicado por Gota a Gota. *El difícil aprendizaje de la libertad* recoge las intervenciones editadas de esta presentación en la que, como en *Pasión por la libertad*, se hizo un recorrido por la historia intelectual y política del Premio Nobel de Literatura.

© FAES Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales y los autores, 2011

Incluye un DVD con la presentación del libro *Pasión por la libertad. El liberalismo integral de Mario Vargas Llosa*

Fotografías: David Mudarra

Maquetación: Paloma Cuesta

Impresión y encuadernación: RaRo, S. L.

ISBN: 978-84-92561-14-8

Depósito Legal: M-25606-2011

Impreso en España / Printed in Spain

Índice

EL DIFÍCIL APRENDIZAJE DE LA LIBERTAD

Mario Vargas Llosa5

UNA GUÍA PARA EL CAMINO DE LA LIBERTAD

Esperanza Aguirre19

PASIÓN POR LA LIBERTAD

Mauricio Rojas27



El difícil aprendizaje de la libertad

MARIO VARGAS LLOSA

Tengo que empezar con una serie de agradecimientos. El primero a la fundación FAES, por la edición de este libro que vale mucho, no sólo por la riqueza de su contenido, sino también por la belleza de su presentación. Dan gusto el formato y los colores. Es un libro que entra verdaderamente por los ojos desde su carátula, algo que no me ocurre siempre con los libros que publico.

Quiero agradecerle muchísimo a Esperanza Aguirre ese prólogo tan extraordinariamente generoso que ha escrito para *Pasión por la libertad*. Es un prólogo dictado por su generosidad y por la amistad que nos une desde hace ya algunos años. Una amistad que comenzó –recuerdo muy bien– el día que por primera vez vi y escuché a Esperanza

“Mauricio ha construido una totalidad de ideas coherente y razonable, que revela una trayectoria que es una verdadera aventura en el campo de las ideas políticas”



Ha estudiado ideas, tomas de posición y debates que están dispersos en multitud de artículos y entrevistas

cuando comenzaba su carrera política y era una concejal del Ayuntamiento de Madrid. Me impresionaron tanto las cosas que dijo, que ella recuerda haber oído mi exclamación aparentemente estentórea, preguntando a mi alrededor: “pero, ¿quién es esta Juana de Arco española liberal?”. Desde entonces somos muy amigos y cada vez que he oído hablar a Esperanza he sentido el mismo entusiasmo y la misma admiración de la primera vez.

Mi agradecimiento también para Mauricio Rojas por este libro extraordinario. La verdad es que no suelo leer los libros que se escriben sobre mí. Ante ellos me entra una incomodidad, una turbación; me da temor de que vayan a revelar alguna intimidad que yo preferiría guardar en silencio. Y, por otra parte, como dijo una vez Jorge Luis Borges cuando le preguntaron por qué no leía los libros que se escribían sobre él: “porque el tema ya lo conozco”. Pero este libro lo he leído de principio a fin. Es un libro que ha sido instructivo y muy revelador sobre mí mismo. Es un libro que debe haberle exigido un inmenso trabajo de documentación porque lo que él ha estudiado son ideas, tomas de posición y debates que están dispersos en multitud de artículos y entrevistas, a lo largo de prácticamente medio siglo, y acaso más. No sé cómo ha hecho para reunir todo este material y poder seguir desde mis años mozos mis ideas políticas, mis entusiasmos, mis decepciones, mis nuevos entusiasmos y mis rectificaciones. Con todo ese material y, por supuesto, también con la lectura de mis libros, él ha construido una totalidad de ideas coherente y razonable, que, además, revela una trayectoria que es una verdadera aventura en el campo de las ideas políticas.

Para mí ha sido revelador descubrir que en esa trayectoria había cierta coherencia y una continua interrelación con el proceso político que iba ocurriendo en el Perú, en América Latina, en Europa y en el mundo entero; y que buena parte de las cosas que he escrito sobre temas políticos eran temas de actualidad. Eran respuestas a una historia *haciéndose*, a una historia en pleno desenvolvimiento.

De todo ello resulta algo que para mí ha sido insólito descubrir. Una trayectoria que parece programada cuando desde luego no lo fue. Más bien fue algo que resultó de una aventura o de muchas aventuras vividas en el campo de la política y que tenían una estrechísima relación con el discurrir de la actualidad en América Latina y en el mundo.

Desde luego que, al igual que en el prólogo, en las páginas que ha escrito Mauricio hay también una enorme generosidad. Ya se ha dicho y quisiera repetirlo: creo que el hecho de que Mauricio y yo hayamos tenido una evolución semejante es lo que ha motivado, seguramente, que él se vuelque con tanta minucia, con tanto rigor y también con tanta pasión, escribiendo este ensayo.

Él vivió al igual que yo el difícil aprendizaje de la libertad desde la inmersión en la utopía revolucionaria que, cuando yo era joven —y cuando lo era Mauricio también—, había arraigado profundamente en América Latina y en muchos lugares del resto del mundo. Creo que es una realidad que vivieron una o dos generaciones y que luego la realidad fue poniendo a prueba con hechos tan traumáticos como, por ejemplo, la invasión de los países del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia



Él vivió al igual que yo el difícil aprendizaje de la libertad desde la inmersión en la utopía revolucionaria que había arraigado profundamente en América Latina y en otros lugares del mundo



Mauricio habla de la orfandad que significa perder las ilusiones de la utopía socialista

(ese intento de ponerle una cara humana al socialismo); con el descubrimiento de que la Revolución Cubana no era esa revolución en libertad como creímos al principio, sino una revolución que poco a poco se iba alineando en el modelo autoritario y vertical de la Unión Soviética. Con el descubrimiento, por los testimonios de los disidentes, de que el socialismo real tenía muy poco que ver con el socialismo de los ensayos, de la propaganda, de las ilusiones y de los sueños.

Mauricio ha hablado de la orfandad que significa perder las ilusiones de la utopía socialista. Una enorme orfandad. Es descubrir de pronto que uno no sólo está desamparado, sino privado de esa varita mágica que nos pone en la mano la adhesión a cualquier ideología de tipo totalitario. Esa ideología tiene una respuesta automática para todas las preguntas y una solución, también teórica, para todos los problemas. Eso indudablemente produce una gran comodidad de tipo intelectual y ético si uno está absolutamente identificado con aquella ideología. Y, de pronto, el perder las ilusiones, el sentir que esa ideología que parecía tan sólida, que parecía encarnar realmente el movimiento de la historia, se desploma, se hace trizas, y uno descubre que no hay respuestas automáticas para todos los problemas, que las respuestas hay que buscarlas en uno mismo escudriñando la realidad, cotejando los temas y las experiencias. Tener que decidir cada vez, ejercitando esa libertad que al mismo tiempo implica una enorme inseguridad y responsabilidad.

Fueron años muy difíciles que Mauricio vivió en condiciones dramáticas. Por eso todos los que le

conocemos esperamos que algún día salga de su pluma una autobiografía, que seguro será también enormemente instructiva para muchos, sobre ese aprendizaje de la libertad que él y yo vivimos casi al mismo tiempo.

Para mí fue muy difícil, y al mismo tiempo maravilloso, ir descubriendo lo que significa la libertad. La libertad en la vida política, en la vida social y, sobre todo, en la vida personal. La extraordinaria revolución que eso significó no hubiera sido posible sin la lectura de ciertos autores, como señala Mauricio con gran precisión y magníficos ejemplos en su libro. Leer a los escritores que habían sido los ensayistas malditos a los que no se podía leer porque representaban el mundo de la reacción, que justificaban la explotación de los más por los menos.

Yo recuerdo mucho lo que significó para mí leer a Raymond Aron, *El opio de los intelectuales*, y descubrir que él describía un fenómeno que yo había vivido en carne propia desde mis años universitarios.

Fue maravilloso revalorizar a Albert Camus a quien, por el mal ejemplo de Sartre, yo había desechado como pensador en mi juventud, y descubrir que Camus lo había dicho todo ya en sus polémicas con Sartre en esos difíciles años –difíciles, por el terrible debate intelectual que hubo en Francia en la postguerra–. Descubrir qué acertado estaba Camus cuando decía que si se eliminaba la preocupación moral de una acción política, inevitablemente sobrevénía la violencia y formas peores de violencia que las que se querían corregir. También esa idea maravillosa de Camus –que es una idea profundamente liberal– de que no son los fines los



Para mí fue muy difícil, y al mismo tiempo maravilloso, descubrir lo que significa la libertad



Unos medios que implican el atropello, el abuso, la injusticia o el crimen no pueden conducir jamás a fines bienhechores para la humanidad

que justifican los medios sino exactamente lo contrario, que son los medios los que justifican los fines. Unos medios que implican el atropello, el abuso, la injusticia o el crimen no pueden conducir jamás a fines bienhechores para la humanidad. Los medios contaminan los fines y, por más generosos que parezcan, inevitablemente los distorsionan, los degradan y los malean.

También fue maravilloso descubrir a Popper. Hay un capítulo que dedica Mauricio a la influencia de Popper. Efectivamente fue para mí una extraordinaria influencia. Creo que uno de los libros más deslumbrantes que yo he leído y más enriquecedores para mí, desde el punto de vista de la ciudadanía, de ser parte de una comunidad, fue *La sociedad abierta y sus enemigos*. Un libro absolutamente extraordinario que comienza por afirmar categóricamente que el paraíso no es de este mundo, que todas las veces que en la historia se ha tratado de traer el paraíso a la Tierra, lo que se ha traído es el infierno. Lo cual no quiere decir que el mundo no pueda cambiar para mejor, todo lo contrario. Convencerse de que el paraíso no es de este mundo es convencerse de que el mundo es perfectible, de que se puede ir mejorando aquello que anda mal, pero sabiendo que nunca se llegará a ese estado de absoluta perfección que tiene, por ejemplo, una obra de arte. Una sociedad está compuesta por individuos que son distintos, que tienen sentimientos, anhelos, deseos diferentes y no se puede contentar a todo el mundo de la misma manera. Y por eso hay que aceptar que esa diversidad existe y crear un sistema que permita coexistir en la diversidad que es una sociedad. Ésa es la democracia, ésa es la libertad, y

eso es el liberalismo, compañero indispensable de la libertad.

La actitud de Popper, ese austriaco que se creía un austriaco, al que los nazis hacen descubrir de pronto que es un judío; su renuncia a ser un científico –que era su sueño– y su conversión en un pensador político; su manera de combatir el nazismo desde esa isleta neozelandesa donde tuvo que exiliarse, escribiendo un libro que comenzaba criticando a Platón. Ésta es una de las historias, yo creo, más hermosas de la libertad. Decide combatir el nazismo, decide combatir el totalitarismo, decide defender la libertad y aprende el griego clásico para leer a Platón en sus textos originales y trazar la historia del totalitarismo, la historia de la negación de la libertad a partir de la creencia de que hay utopías realizables, de la creencia de que se pueden construir sociedades perfectas. Yo leí ese libro en un estado de verdadero trance, y creo que a partir de él mis convicciones dejaron de estar marcadas por la inseguridad y por la duda, y me convirtieron verdaderamente en eso que me siento orgulloso de tratar de ser: un liberal.

El libro de Mauricio Rojas responde de una manera admirable a todas las caricaturas, a los disfraces, a las calumnias con que todos los totalitarios modernos han ido difamando al liberalismo hasta el extremo de conseguir que la palabra “liberal” o “neoliberal” sea en nuestros días, todavía para muchos, una mala palabra. Una palabra que viene de la palabra libertad, que viene de la idea transformadora que ha conseguido que los seres humanos salieran de la caverna primitiva y llegaran a las estrellas; que surgieran todos los



“ Hay que aceptar que la diversidad existe y crear un sistema que permita coexistir en la diversidad que es una sociedad. Ésa es la democracia, ésa es la libertad, y eso es el liberalismo ”



Lo fundamental no es una política económica, lo fundamental son unas ideas y una cultura sin las cuales toda política económica o social está condenada a fracasar

grandes hechos de la historia: la creación del individuo soberano, la creación de la democracia, de la coexistencia en la diversidad; la idea de que hay derechos humanos que deben ser respetados; de que la justicia es absolutamente fundamental e indispensable en todo proyecto político que no quiera renunciar a los valores y a la humanidad. Todo eso aparece en ese libro extraordinario, un libro que realmente ayuda como ningún otro en ese aprendizaje de la libertad.

Mauricio muestra de una manera cristalina, transparente, que es absolutamente falso que el liberalismo sea una doctrina económica y que responsabilice únicamente al mercado libre de resolver todos los problemas que afectan a una sociedad. Ésa es una caricatura grotesca del liberalismo. Todos los grandes pensadores liberales, empezando por Adam Smith, partieron siempre de la convicción de que lo fundamental no es una política económica, que lo fundamental son unas ideas y una cultura sin las cuales toda política económica o social está condenada a fracasar. El mercado es un mecanismo extraordinario, por supuesto, de distribución de recursos. Y si un país quiere progresar tiene que abrir mercados. La historia ha demostrado que es así. Pero los mercados por sí solos no resuelven los problemas si detrás de ellos no hay unas convicciones, unas ideas, y si no hay, sobre todo, esa idea prístina, básica, del liberalismo: que la libertad es indivisible. En eso, el libro de Mauricio Rojas es absolutamente ejemplar con los casos que muestra y los ejemplos que da.

Los liberales no creemos que la libertad se pueda dividir, no creemos que se pueda dar liber-

tad económica a una sociedad y privarla de libertades políticas o sociales y que eso pueda ser llamado liberalismo. Si la libertad es indivisible, la libertad debe impregnar no sólo la vida económica, debe impregnar la vida social, debe impregnar la vida política y debe, sobre todo, crear esos espacios en los que el individuo puede elegir libremente la vida que quiere llevar con la máxima libertad, mientras sus decisiones y sus elecciones respeten la libertad de los demás.

¿Por qué ha fracasado tantas veces en América Latina y en otras partes del mundo una política económica supuestamente liberal? Porque quienes aplicaban esa política económica privaban a la sociedad en la que abrían mercados de la libertad política, de la libertad social o de la libertad individual. Y el resultado era inevitablemente el fracaso de esas políticas económicas supuestamente liberales.

La virtud principal del liberalismo es la tolerancia, la idea de que uno puede estar equivocado; de que aun las convicciones que parecen más firmes deben estar sometidas siempre a esa prueba del ensayo y error, de la falsación. Esa idea fundamental de Popper según la cual todo conocimiento es provisional y precario y sólo vale mientras no se demuestre que es falso y que hay otro mejor que lo reemplace. Eso es lo que nos hace progresar: el revisar aquello que creemos es una verdad axiomática, y luego la ciencia o la experiencia nos demuestran que no lo es, que era sólo una verdad provisional y que había una verdad más matizada y más rica que debía reemplazarla.



Los liberales no creemos que la libertad se pueda dividir



La virtud principal del liberalismo es la tolerancia, la idea de que uno puede estar equivocado; incluso las convicciones que parecen más firmes deben estar sometidas siempre a esa prueba del ensayo y error, de la falsación

El liberalismo es vida espiritual. En una sociedad donde no hay vida espiritual generalmente no hay moral. Ha habido muchos intentos en la historia de crear una moral absolutamente laica y en muchas sociedades se pensó que la mejor manera de tener una moral laica era a través de la cultura; que la cultura podía reemplazar a la religión y, a partir de ella, construir una moral que estableciera un consenso en el conjunto de la sociedad. Pero nunca se consiguió. Creo que a lo largo de la historia quienes hemos podido construir una moral laica a partir de la cultura somos siempre unas minorías y, a veces, unas muy pequeñas minorías. La realidad es que el grueso de los seres humanos necesita creer que hay una trascendencia, que la vida no termina en esta vida, porque la idea de la extinción definitiva es una idea que los angustia, desespera y paraliza. Y por eso, aunque en el pasado hubo muchos choques entre la cultura clerical –cuando la cultura clerical representaba fanatismo, exclusivismo– el liberalismo jamás ha combatido la religión; ha pedido sólo que la religión no se entrometa en la vida política y que el poder no se identifique con ninguna religión porque si lo hace, inmediatamente, vendría un desmedro de la libertad. Pero todos los grandes pensadores liberales han sido religiosos y algunos muy profundamente religiosos.

Se puede ser liberal siendo creyente, siendo agnóstico o siendo ateo. Se puede ser liberal disintiendo de otros liberales en muchísimas cosas. Eso es para mí uno de los motivos por los que el liberalismo tiene una gran superioridad sobre las doctrinas autoritarias, sobre las ideologías totalitarias. El liberalismo acepta la diversidad humana y es

una doctrina lo suficientemente flexible y contradictoria en sí misma para hacer posible la coexistencia en esa diversidad a partir de unos principios básicos que tienen que ver con la libertad. Por eso, esa caricatura que oímos con tanta frecuencia a la gente de izquierda del liberalismo como una doctrina fría, una doctrina que tiene que ver con los números y con los logaritmos y que olvida por completo la humanidad de los seres humanos, que no son simplemente consumidores, productores, empresarios, proletarios o profesionales sino una compleja totalidad que puede reaccionar de maneras muy diversas frente a los mismos estímulos, es una de las difamaciones peores que el liberalismo arrastra y es justamente la negación de uno de sus principios básicos. Precisamente porque los seres humanos somos tan complejos, y hay entre nosotros tantas diferencias, es absolutamente indispensable la tolerancia hacia el otro: al que piensa distinto, al que adora a otro dios, al que habla otra lengua, al que tiene la piel de otro color. Desde luego que no se puede ser liberal si uno es racista, si cree que hay razas superiores o inferiores, pero tampoco se puede ser liberal si uno cree que hay verdades absolutas que no pueden ser revisadas, corregidas, matizadas.

El liberalismo, tan calumniado, tan difamado, es una doctrina que está detrás de las grandes conquistas de la humanidad y quizá sea la responsable mayor de que muchos países hayan llegado a eso que llamamos la “civilización”. Mauricio Rojas en su libro responde a esta idea falsa de que el liberalismo es puramente una doctrina económica, a todas las deformaciones que ha sufrido a lo largo de su historia la doctrina liberal. Y, al mismo



El liberalismo acepta la diversidad humana y es lo suficientemente flexible para hacer posible la coexistencia en esa diversidad a partir de unos principios básicos que tienen que ver con la libertad



El liberalismo tiene una maestra primaria y primordial: es la realidad vivida la que debe decidir si las ideas que defendemos son buenas o deben ser rectificadas

tiempo, constantemente nos recuerda que quien es liberal vive inseguro; que quien es liberal está siempre dispuesto a mirarse en el espejo y decirse: “algo anda mal”.

En su libro repite una y otra vez que el liberalismo tiene una maestra primaria y primordial que es la realidad, que es la realidad vivida la que debe decidir si las ideas que defendemos para las reformas sociales, para las reformas económicas, para la política cultural, son buenas o deben ser rectificadas o matizadas. Porque no hay doctrina, no hay cuerpo de ideas que sea capaz de abrazar enteramente con sus redes a esa cosa compleja, diversa, riquísima y siempre en movimiento que es la experiencia de lo vivido.

Yo le tengo una enorme admiración a Mauricio porque creo que se necesitaba un inmenso coraje para hacer lo que él hizo cuando llegó exiliado a Suecia como combatiente del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), como uno de los combatientes más radicales de uno de los movimientos más radicales chilenos. Y allí fue haciendo ese aprendizaje de la libertad, un aprendizaje que lo llevó inevitablemente a separarse de quienes eran sus compañeros, de quienes eran sus amigos. De quienes habían compartido con él persecución, exilio y, algunos de ellos, torturas. Y vivió, lo que otros vivimos en soledad, en el peligro. Pero nada de eso le hizo vacilar. Y no sólo cambió de manera de pensar con gran coraje sino que militó por esa nueva convicción política. Y lo hizo de una manera realmente admirable en un país de una lengua muy lejana a la suya, de tradiciones y costumbres muy distintas, llegando a conquistar el favor po-

pular, porque en dos ocasiones fue llevado al Parlamento por los electores suecos.

Yo no se lo he contado, pero cuando estuve en Estocolmo con motivo del premio que iba a recibir, en una conversación con el primer ministro de Suecia, hablé de Mauricio Rojas. Le dije que yo tenía un amigo chileno que había sido diputado en Suecia, y me dijo algo que a mí me conmovió mucho: “es una tragedia para los liberales suecos que Mauricio Rojas se haya ido a España, porque la labor que hacía Mauricio aquí en Suecia por el liberalismo no tiene reemplazo”. Eso es algo verdaderamente extraordinario y se refleja muy bien en este hermoso y generoso libro que él ha escrito.

Mauricio habla mucho de mí pero, muchas veces, hablando de mí habla también de él, de su caso. Es una manera modesta de decir todo lo que significó vivir esa larga aventura a la que he llamado yo el aprendizaje de la libertad.



“Mauricio, muchas veces, hablando de mí habla también de él. Es una manera modesta de decir todo lo que significó vivir esa larga aventura del aprendizaje de la libertad”



Una guía para el camino de la libertad

ESPERANZA AGUIRRE

Es un honor y una suerte para mí tomar la palabra delante del político español al que más admiro y delante del escritor en español que más me ha deslumbrado.

Presentar un libro escrito, a su vez, por otro latinoamericano, Mauricio Rojas, al que, parafraseando a Baudelaire, podemos considerar “*son semblable, son frère*” en el recorrido intelectual que a los dos los ha llevado desde posiciones marxistas y revolucionarias hasta el liberalismo.

Permítanme que dedique algunas palabras a la trayectoria ejemplar de Mauricio Rojas. Y digo “ejemplar” en el sentido cervantino de constituir un ejemplo en el que muchos pueden mirarse.

● Mauricio y Mario fueron descubriendo que la mítica revolución no sólo no era la solución para los problemas que pretendía resolver, sino que era la forma más segura de agravarlos para siempre ●



Rojas, como Vargas Llosa, había tomado postura a favor de la revolución por su deseo de acabar con las injusticias

Estudiante en su Chile natal, vivió inmerso en el ambiente revolucionario de los años sesenta y principios de los setenta, en los que, por muy absurdo que hoy nos parezca, el modelo castrista gozaba de un predicamento indiscutido. Así, no es de extrañar que la llegada de Allende al poder le llenara de ilusiones y de la esperanza de aprovechar aquel mandato para dar el salto definitivo hacia la Revolución, así, con mayúscula.

Allendista convencido, militó en el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), fue perseguido y logró asilo político en Suecia en 1974.

En Suecia, a pesar del hándicap del idioma, inició una brillante carrera académica que le llevó al doctorado en Historia Económica. Y lo que es más importante, en Suecia, la tierra prometida de muchos socialistas, llevó a cabo una profunda revisión de todas sus ideas y principios que le habían movido a tomar partido por la revolución en Chile.

Ese proceso de revisión tuvo que ser necesariamente duro y apasionante. Porque Rojas, como Vargas Llosa, había tomado postura a favor de la revolución por una razón plenamente justificada, el deseo de acabar con las injusticias y el deseo de ofrecer a todos los ciudadanos de América las oportunidades necesarias para salir de la miseria.

Y Mauricio Rojas, como Mario Vargas Llosa, sin renunciar para nada al impulso ético que le había llevado a comprometerse con la revolución, fue descubriendo que esa mítica revolución, apadrinada por personajes como el Che Guevara, no sólo no era la solución para los problemas que

pretendía resolver, sino que era la forma más segura de agravarlos para siempre.

Y Mauricio Rojas, como Mario, fue leyendo y estudiando sin prejuicios a los clásicos de la Ciencia Política y fue analizando con rigor la realidad latinoamericana para concluir que el mejor camino para su progreso y su bienestar no era la mítica revolución guevarista, sino el fortalecimiento de las instituciones democráticas, el Estado de derecho y, aunque escandalizara a todos los que hasta entonces habían sido sus compañeros de viaje, la economía de mercado.

Mauricio Rojas, como nuestro gran Mario Vargas Llosa, ha acabado en el liberalismo. Que no es una religión, sino un conjunto de pensamientos, sujetos siempre a revisión, que colocan la libertad como bien superior en todos los análisis que se hacen y en todas las propuestas políticas que se elaboran.

En 2002 su adscripción, nunca dogmática, al liberalismo llevó a Mauricio Rojas hasta, incluso, el Parlamento de Suecia en los bancos del Partido Liberal.

Ahora es director del Observatorio para la Inmigración y la Cooperación al Desarrollo de la Universidad Rey Juan Carlos y director de la Escuela de Profesionales de Inmigración y Cooperación, un organismo que depende de la Comunidad de Madrid. Y esas responsabilidades las ejerce aplicando sus convicciones y esos principios liberales que él ha hecho suyos a lo largo de su densa trayectoria personal e intelectual.



Concluyeron que el mejor camino para el progreso de América Latina era el fortalecimiento de las instituciones democráticas, el Estado de derecho y la economía de mercado



Su impulso cívico y ético sigue vivo: conseguir mejorar la vida de los más desfavorecidos

Y si he repasado ante ustedes algunos de los hitos de la trayectoria de Mauricio Rojas es por lo que tiene de paralelo con la de Mario Vargas Llosa. Y porque el libro *Pasión por la libertad* es, precisamente, el análisis de esa trayectoria.

Podría decirse que, al analizar la trayectoria de Mario Vargas Llosa, Mauricio Rojas ha escrito, en un cierto sentido, su propia autobiografía intelectual y política. Y, en todo caso, ha escrito un libro apasionante y aleccionador que habría que recomendar a todos los que, todavía de buena fe, creen que el colectivismo, el populismo, el estatismo o la hipertrofia del Estado pueden ayudar al desarrollo y al bienestar de las naciones.

Mauricio Rojas ha llevado a cabo un pormenorizado análisis de la evolución de las ideas políticas de Mario Vargas Llosa desde su primera juventud, en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, en los que no le importó ser un “compañero de viaje” de los movimientos más o menos comunistas de Europa y de América Latina, hasta el Mario Vargas del sensacional discurso con el que recibió el Premio Nobel en Estocolmo el pasado diciembre, en el que reivindicó la libertad, el Estado de derecho y la economía de libre mercado como bases ineludibles para acabar con la injusticia y con la pobreza.

Porque el impulso cívico y ético inicial de Mario Vargas Llosa, como ocurre en el caso de Mauricio Rojas, sigue estando vivo: se trata de conseguir que la vida de los más desfavorecidos, en América Latina y en todo el mundo, mejore; se trata de dar oportunidades a todos para que pasen de

la miseria a la pobreza, de la pobreza a la dignidad, y de la dignidad a la prosperidad.

Según nos cuenta Mauricio Rojas, en ese camino de Mario Vargas Llosa desde el marxismo al liberalismo tuvieron un papel fundamental la brutalidad de la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 y el “caso Padilla” en 1971. Fue entonces cuando Vargas rompió con sus compañeros de viaje marxistas.

Y fue a partir de entonces cuando inició la aventura intelectual de construirse su propia cosmovisión (“*Weltanschauung*”) política, al margen de cualquier capillita o secta. Y el libro de Mauricio Rojas es un estupendo testimonio de esa aventura que Mario Vargas Llosa recorrió, sobre todo al principio, en absoluta soledad.

Fue entonces cuando, ya fuera de la iglesia izquierdista, Mario Vargas Llosa se aplicó a la lectura de los autores que esa iglesia tenía en su peculiar “Índice de Libros Prohibidos”: Adam Smith, Popper, Isaiah Berlin, Hayeck, Jean-François Revel o Raymond Aron.

En el prólogo a *Pasión por la libertad*, que he tenido el honor de escribir, digo que Mario Vargas Llosa, además de un formidable escritor –algo que está universalmente reconocido–, es un extraordinario lector.

Y lo digo porque ha escrito ensayos extraordinarios sobre muchos autores y muchos de los libros que ha leído, sobre Flaubert, García Márquez, Victor Hugo, Arguedas, Onetti, el “Tirant lo Blanc” de Joanot Martorell o la mismísima Corín Tellado.



En el camino de Vargas Llosa del marxismo al liberalismo fueron fundamentales la brutalidad de la invasión soviética de Checoslovaquia y el «caso Padilla»



El
compromiso
de Vargas
Llosa con su
primera
patria, el
Perú, le llevó
a saltar al
ruedo de la
política

Pues bien, esa extraordinaria inteligencia y esa proverbial limpieza expositiva de Mario Vargas Llosa le han servido para escribir también innumerables artículos y ensayos en los que ha ido dando cuenta a sus lectores de esa evolución intelectual y política.

Mauricio Rojas ha rastreado en todos esos artículos y ensayos para elaborar este libro, que, entre otras cosas, es una útil y completa guía de lectura de la obra de Vargas para comprender su evolución ideológica.

La verdad es que muchos de estos ensayos de Vargas son, con frecuencia, incluso más brillantes y luminosos que los textos originales que los han provocado que, a veces, son demasiado áridos por tratar de materias económicas o estrictamente filosóficas o políticas.

La admirable trayectoria ética y política de Mario Vargas Llosa, como todos ustedes saben, no se ha limitado a mirar los toros desde la barrera. Su compromiso con su primera patria, el Perú (ya sabemos que tiene dos y que España es la otra), le llevó a saltar al ruedo de la política y a presentarse a las elecciones presidenciales peruanas de 1990.

También de esa experiencia nos da cumplida cuenta el libro que presentamos. Para un intelectual tan químicamente puro como Vargas tuvo que ser muy duro embarcarse en una campaña electoral tan dura y difícil como aquella (se lo digo yo, que me gustan las campañas, aunque no se pueden comparar las mías en Madrid, al lado de mi casa, con las suyas en un país inmenso y con

problemas mucho más acuciantes que los nuestros). Pero Vargas no se arredró y se dejó la piel yendo de pueblo en pueblo y de plaza en plaza para explicar su programa.

La sinceridad y la honestidad de Vargas, al presentarse ante los peruanos sin subterfugio y al exponer su programa liberal, no le ayudaron a ganar frente a un populista Fujimori, al que, después, me figuro que muchos se habrán arrepentido de haber votado.

Aquella experiencia también le sirvió a Mario Vargas Llosa para escribir un libro admirable, *El pez en el agua*, en el que mezcla su más estricta autobiografía con la descripción y el análisis de aquella campaña. Un libro que a mí me deslumbró y que recomiendo a todo el mundo y, especialmente, a todos los políticos.

De este libro y de la evolución del pensamiento político de Mario Vargas Llosa podríamos estar hablando horas y horas. Esa evolución, tan bien retratada y analizada en el libro, es el gran tema político de nuestro tiempo: el fracaso económico, social y, sobre todo, moral de los colectivismos y de los totalitarismos, y el triunfo de los movimientos que anteponen la libertad, la propiedad, el Estado de derecho y la economía de mercado para lograr el progreso de los pueblos y naciones.

Un tema así da para mucho más que para unas palabras de presentación. Pienso seguir debatiendo siempre sobre estos asuntos, que son los que me llevaron a la política y los que me mantienen en ella.



“ La evolución del pensamiento político de Mario es el gran tema político de nuestro tiempo ”

UNA GUÍA PARA EL CAMINO DE LA LIBERTAD



Y en todos los debates, pueden estar seguros, el ejemplo y los análisis de Mario Vargas Llosa, esos análisis que Mauricio Rojas tan bien ha diseccionado en este libro, los voy a tener siempre presentes.

‘ Este libro es, entre otras cosas, una guía de lectura de la obra de Vargas para comprender su evolución ideológica ’



Pasión por la libertad

MAURICIO ROJAS

Leer a Mario Vargas Llosa es siempre una gran aventura

Lo saben de sobra todos aquellos que han leído alguna vez sus novelas. Sin embargo, no sólo sus obras literarias nos invitan a una aventura extraordinaria. Durante décadas, Vargas Llosa ha ido compartiendo con sus lectores reflexiones sobre un variadísimo espectro de temas. En ellas, ha ido dando testimonio de su toma de posición frente a una realidad siempre cambiante y sorprendente, pero también ha ido dejando las huellas de una evolución intelectual y política que lo ha llevado a ser uno de nuestros grandes pensadores liberales, un verdadero referente para todos aquellos que creemos que el ser humano se merece la libertad como destino cotidiano.

“ En sus obras, Vargas Llosa ha ido dejando las huellas de una evolución intelectual y política que lo ha llevado a ser uno de nuestros grandes pensadores liberales ”



**“Ambos
teníamos un
pasado
marxista-
revolucionario
y ahora
estábamos
ambos en un
camino que
nos alejaba
para siempre
de los jardines
dorados de la
utopía”**

Esa evolución se ha hecho también parte de mi vida desde hace ya varias décadas. Yo fui uno de aquellos jóvenes latinoamericanos que hicieron una verdadera religión de la idea de que, para decirlo con las palabras de Vargas Llosa en el prólogo a *la Historia de Mayta*, “la libertad y la justicia se alcanzarían a tiros de fusil”. En esa fe crecí, pero también me desencanté de ella al ver que a la sombra de la hermosa utopía se escondía una nueva tiranía, y con ella luché hasta llegar al liberalismo como aquella doctrina que mejor nos protege contra toda idea totalitaria. En esa lucha la lectura de los ensayos, crónicas e intervenciones de Vargas Llosa fue fundamental.

Los “demonios” contra los que yo luchaba a comienzos de los años 80 no eran muy distintos de aquellos contra los que Vargas Llosa había luchado durante los años 70: ambos teníamos un pasado marxista-revolucionario y habíamos creído en el advenimiento del paraíso comunista. Ahora estábamos ambos en un camino que nos alejaba para siempre de los jardines dorados de la utopía, pero Vargas Llosa había llegado mucho más lejos que yo en el viaje hacia un sueño más modesto y por ello más humano. Leerlo fue un gran estímulo intelectual y un consuelo inapreciable para ese sentimiento de orfandad que aqueja a quienes abandonan el círculo encantado de aquellos que se creen elegidos para ser los mesías de la liberación humana.

Esa evolución personal me fue uniendo, en la distancia, a ese hombre que ya antes había conocido por sus inolvidables novelas y que luego conocería personalmente. Por ello es que no tuve

duda en contestar afirmativamente a la propuesta de escribir un ensayo sobre el pensamiento político de Vargas Llosa que me hizo el Instituto Timbro de Estocolmo a las pocas horas de que, el día 6 de octubre pasado, se hubiese anunciado que Mario Vargas Llosa había sido galardonado con el Nobel de Literatura.

Así fue naciendo el libro que hoy presentamos, sin mucha premeditación, casi como un impulso que no medía bien sus verdaderas consecuencias. Y lo que en un comienzo fue pensado como un corto ensayo fue creciendo para al menos intentar hacerle justicia a la obra de un pensador que no sólo es extraordinariamente prolífico sino, además, profundo y radical. Radical por buscar siempre ir a la raíz de las cosas, por no conformarse con la superficie, con la frase deslumbrante o la pose que impacta. Por ello es que leer los ensayos de filosofía política de Vargas Llosa es dialogar con lo mejor del pensamiento liberal occidental, adentrarse, por ejemplo, en la gran lucha intelectual de un Karl Popper contra los totalitarismos, empaparse de la sabiduría tranquila de un Isaiah Berlin o conocer más de cerca a un Friedrich Hayek, un Adam Smith o un Jean-François Revel.

Así, y además originalmente escrito en esa extraña lengua que es el sueco, fue naciendo un texto que luego, al ser reescrito en español, se convirtió en el libro que la Fundación FAES, gentilmente, ha querido publicar bajo el título de *Pasión por la libertad. El liberalismo integral de Mario Vargas Llosa*.



Radical por buscar siempre ir a la raíz de las cosas, por no conformarse con la superficie ”



“El escritor, y el artista en general, parte de la soberanía de su imaginación para forjar “realidades irreales””

Las constantes del pensamiento de Mario Vargas Llosa

Entrando ahora más en materia quisiera acercarme a la evolución política de Vargas Llosa destacando dos características de su pensamiento que, a mi juicio, se mantienen a través del tiempo como sus ejes centrales. Ambas pueden ser relacionadas con dos grandes pensadores franceses que jugaron un papel de primera línea en el desarrollo intelectual de Mario Vargas Llosa. Me estoy refiriendo a Jean-Paul Sartre y a Albert Camus.

De Sartre, que fue un gran héroe cultural para el joven Vargas Llosa, no sobrevivió mucho con el tiempo. Sus artificios dialécticos no fueron finalmente capaces de justificar lo injustificable, es decir, la supuesta distinción entre “opresión progresista”, hecha en nombre de un futuro paraíso sobre la Tierra, y opresión a secas. Sin embargo, de Sartre sí sobrevivió la idea del escritor comprometido, comprometido con su tiempo, aquel que toma partido, que no calla, que no mira para otro lado. Nada más ajeno a Mario Vargas Llosa que la indiferencia frente a su mundo.

Esa idea o actitud ha sido rectora en una vida en que la política, ya desde los años cincuenta del siglo pasado, nunca estuvo ausente. Lo que no significa, por cierto, confundir la política con la literatura, que son actividades esencialmente diferentes, tal como el mismo Vargas Llosa no se cansa de explicar: el escritor, y el artista en general, parte de la soberanía de su imaginación para forjar “realidades irreales”, ficciones tan convincentes que las vivimos, por un instante, como

reales. Quien hace política debe, por el contrario, y so pena de caer en la política-ficción y causar grandes perjuicios, partir siempre de la soberanía de lo real y de lo realmente posible.



En marzo de 2010, en una entrevista otorgada al diario peruano *La República* a propósito de su aniversario número 74, Mario Vargas Llosa recordó su deuda con Jean-Paul Sartre. Y no lo hacía con un interés primariamente autobiográfico, sino para decirles a los jóvenes escritores que la literatura no es un parapeto para aislarse del mundo y rehuir el deber de participar y tomar partido.

Quien hace política debe partir siempre de la soberanía de lo real y de lo realmente posible

Además, en la misma entrevista se le preguntaba sobre lo que por mucho tiempo había sido una especulación bastante común. A saber, que no se le concedía el Premio Nobel justamente por ser un liberal de esos que no se callan, de esos que no se guardan su liberalismo para discretas exhibiciones privadas, sino que lo confiesa, y con qué orgullo, con la voz más alta posible.

Su respuesta fue decir que no sabía si ello era cierto, pero, agregó, “si es así, no cambiaré mis convicciones por premios literarios”.

Hoy sabemos que la Real Academia Sueca ha desmentido, de forma contundente, la especulación acerca de la presunta incompatibilidad entre ser un gran referente liberal y recibir el máspreciado de los galardones literarios. De ello, sin duda, nos alegramos, pero nos alegramos infinitamente más de seguir contando, sin flaquezas ni concesiones, con la nítida voz liberal de Mario Vargas Llosa.



“Mario es un rebelde en el sentido de Camus, es decir, aquel que no acepta la indignidad, la injusticia, la opresión”

Pasemos ahora a la segunda característica permanente de la actividad de Vargas Llosa. Ésta puede ser relacionada, como ya decía, con quien en su día fue el contrincante más desatacadado de Jean-Paul Sartre: Albert Camus. El gran escritor argelino-francés que en 1957 recibió el Premio Nobel de Literatura por haber puesto de relieve, tal vez mejor que nadie, “los problemas que se plantean en la conciencia de los hombres de hoy”, como bien expresó la Academia Sueca en su momento.

Con Camus asocio aquella vena rebelde que, a mi juicio, hace de Mario Vargas Llosa quien es, y quien siempre ha sido. Rebelde en el sentido de Camus, es decir, aquel que no acepta la indignidad, la injusticia, la opresión. Que dice no, que le planta cara a los tiranos de toda condición. Aquel que no se somete, que no calla frente a una realidad que envilece al ser humano.

El rebelde no es un revolucionario de aquellos que sueñan con paraísos terrenales u hombres nuevos. No, el rebelde actúa por ese hombre que somos, aquel ser imperfecto y limitado, como toda sociedad humana que podamos construir. Pero en ningún caso se resigna a que no seamos lo que sí podemos y debemos ser: dignos, respetados, libres.

Contra toda dictadura

La vena rebelde de Vargas Llosa ha derivado en lo que ha sido su lucha (más) constante, su verdadero predicamento existencial ya desde la niñez: su oposición férrea, visceral, al autoritarismo, a la tiranía, a la dictadura. Y a sus corre-

latos inseparables: los patriarcas despóticos, los caudillos, los comandantes-presidentes, los *füh-rer* de todo pelaje y coartada ideológica. Esta oposición no conoce excepciones y va desde el ámbito personal al social.

Mario Vargas Llosa lo ha expresado mejor que nadie en diversas ocasiones. Por ello es mejor citar sus propias palabras, tomadas de una conversación con su amigo Enrique Krause, publicada hace no mucho en la revista *Letras libres*:

“Si hay algo que yo odio, que me repugna profundamente, que me indigna, es una dictadura. No es solamente una convicción política, un principio moral: es un movimiento de las entrañas, una actitud visceral, quizá porque he padecido muchas dictaduras en mi propio país, quizá porque desde muy niño viví en carne propia lo que es esa autoridad que se impone con brutalidad.”

Creo que no exagero al decir que muy poco en la vida de Vargas Llosa sería comprensible si no se tomase este aspecto en consideración. Escribir, como nos lo recuerda en su obra autobiográfica *El pez en el agua*, también fue un acto fundamental de rebeldía ante “esa autoridad que se impone con brutalidad”, un acto vital de resistencia para reivindicar y defender aquella dignidad y libertad que nos debemos y le debemos a todo ser humano.

De allí su repulsión absoluta a todos los tiranos. Desde el general Manuel Odría, el dictador peruano cuyo régimen marcó indeleblemente la juventud de Vargas Llosa, hasta los dictadores y caudillos de izquierdas o de derechas que han jalonado nuestro



“ La lucha más constante de Mario es su oposición férrea, visceral, al autoritarismo, a la tiranía, a la dictadura ”



Se desmarca y denuncia una tentación suicida de un cierto “liberalismo”, no poco común en América Latina, que reduce ese árbol frondoso que es el de la libertad a la economía

tiempo, llámense éstos Brezhnev o Pinochet, Castro o Batista, Chávez, Jomeini o Gadafi.

De allí surge también, con absoluta coherencia, su toma de posición actual ante aquella difícil alternativa a la que se ve abocado el Perú de hoy. Nadie que conozca la trayectoria de Mario Vargas Llosa podría haberse esperado algo distinto de lo que ha hecho: condenar y oponerse de la manera más resuelta al intento de Keiko Fujimori de legitimar en las urnas aquella tiranía, la de su padre, Alberto Fujimori, que por su traición a la democracia, por sus violaciones sistemáticas a los derechos humanos, por su voracidad malversadora, no conoce paralelos en la historia peruana, lo que lamentablemente no es poco decir.

El liberalismo integral

Esta última consideración nos permite abordar la naturaleza misma del pensamiento liberal de Vargas Llosa, aquello que él mismo ha llamado “liberalismo integral”, y que ha servido de subtítulo a *Pasión por la libertad*.

Se trata de algo fundamental, ya que se desmarca y denuncia una tentación suicida de un cierto “liberalismo”, no poco común en América Latina, que reduce ese árbol frondoso que es el de la libertad a la economía y que, peor aún, ha estado dispuesto a conculcar, o al menos a no condenar, el sacrificio de ciertas libertades básicas si esto se hace en aras de reformas económicas vistas como liberalizadoras.

Permítanme citar con cierta extensión, dada la importancia del tema, a Mario Vargas Llosa. Sus palabras provienen de una conferencia dictada en marzo de 2005 en el American Enterprise Institute al recibir el Premio Irving Kristol:

“Hay liberales (...) que creen que la economía es el ámbito donde se resuelven todos los problemas y que el mercado libre es la panacea que soluciona desde la pobreza hasta el desempleo, la marginalidad y la exclusión social. Esos liberales, verdaderos logaritmos vivientes, han hecho a veces más daño a la causa de la libertad que los propios marxistas, los primeros propagadores de esa absurda tesis según la cual la economía es el motor de la historia de las naciones y el fundamento de la civilización. No es verdad. Lo que diferencia a la civilización de la barbarie son las ideas, la cultura, antes que la economía y ésta, por sí sola, sin el sustento de aquélla, puede producir sobre el papel óptimos resultados, pero no da sentido a la vida de las gentes, ni les ofrece razones para resistir la adversidad y sentirse solidarios y compasivos, ni las hace vivir en un entorno impregnado de humanidad.”

Esto no quiere decir, ni lo más mínimo, que Vargas Llosa ignore la importancia fundamental de una economía basada en la libertad, aquella economía que ha permitido, al extenderse recientemente por casi todo el planeta, elevar el nivel de vida de los seres humanos de una manera nunca antes vista, sacando a cientos de millones de hombres y mujeres de aquella pobreza que siempre fue el mal endémico de la abrumadora mayoría de la humanidad.



6 Pero Vargas Llosa no ignora la importancia fundamental de una economía basada en la libertad, aquella economía que ha permitido elevar el nivel de vida de los seres humanos de una manera nunca antes vista 9



“Mario ha definido el liberalismo de una manera que nos recuerda su sentido más original, es decir, como una “actitud ante la vida””

Eso es evidente, y provoca la ira de quienes creen que, al menos en economía, la libertad no es la mejor opción que tenemos. Pero esto no significa transformar esa libertad en la única digna de defenderse o en una especie de libertad superior ante la cual las demás libertades deban postrarse.

Esta toma de posición ha llevado a Mario Vargas Llosa a definir el liberalismo de una manera que nos recuerda su sentido más original, es decir, como una “actitud ante la vida”, una actitud que está, con sus propias palabras expresadas en un texto donde reivindica la herencia intelectual de Ortega y Gasset: “... fundada en la tolerancia y el respeto, en el amor por la cultura, en una voluntad de coexistencia con el otro, con los otros, y en una defensa firme de la libertad como un valor supremo...”

Una consideración personal

Éstos son algunos de los temas que se recogen en el libro *Pasión por la libertad* y quiero dejar hasta aquí estas consideraciones de carácter más general para permitirme hacer una breve consideración final que es más personal.

Si hay un recuerdo que siempre me viene a la mente cuando pienso “en la persona Mario Vargas Llosa” es el de una tarde soleada y apacible, hermosa como sólo pueden serlo aquellas tardes infinitas del corto verano nórdico. Estábamos, junto a Patricia Vargas Llosa y a Mónica, mi esposa, en la pequeña terraza de un café de la encantadora ciudad de Sigtuna, una de las más antiguas de Escandinavia. Allí, a orillas de aquel gran lago-río llamado Mälaren, conversamos un poco de todo, de

lo humano y de lo divino, como si hubiésemos sido viejos amigos de siempre, aunque en verdad se trataba de una amistad que recién comenzaba.

Posteriormente he reflexionado sobre aquel momento fugaz pero, a su vez, indeleble, y creo que mi reflexión será compartida por todos aquellos que han tenido el privilegio de conocer a Mario un poco más de cerca. Hay en este gran hombre, y en su entorno humano, una sencillez y calidez naturales que lo hacen ser plenamente alcanzable y cercano. Esto es, a mi juicio, lo que mejor habla de su grandeza: el que ésta nunca le haga sombra a ese ser humano entrañable que es Mario Vargas Llosa. Por ello, y por su pasión infinita por la libertad, es que tantos lo estimamos y le queremos.



Por su pasión infinita por la libertad, tantos lo estimamos y queremos



Mauricio Rojas

Autor del libro *Pasión por la libertad*

Esperanza Aguirre

Autora del prólogo de *Pasión por la libertad*.
Presidenta de la Comunidad de Madrid

Mario Vargas Llosa

Premio Nobel de Literatura

www.fundacionfaes.org

faes Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales

C/ María de Molina, 40 - 6ª Planta. Madrid - 28006

Tel: +34 91 576 68 57 Fax: +34 91 575 46 95

e-mail: fundacion@fundacionfaes.org

PVP: 10 €